

# Basura

**K. J. Snow**

En su primer cuento publicado, la señorita Snow convierte la ciencia ficción en tema de si misma, en un rizar el rizo de inquietantes implicaciones.

Fue hace casi dos años, pero aún recuerdo haber lanzado gemido de desaliento cuando entré en mi despacho aquel día. Me había tomado una semana de vacaciones y el mundo se había hundido, tal como siempre había supuesto que sucedería si faltaba; yo... siendo el mundo, en este caso específico, la redacción de la revista de ciencia ficción *Más Allá del Mañana*.

Tres de nuestros cuatro lectores a tiempo partido habían estado enfermos y cada escritor potencial del país había escogido aquella semana para enviarnos un relato inédito. Del Varossa, mi subdirector y mano derecha, estaba hundido tras una montaña de manuscritos. Me devolvió el gemido, corregido y aumentado.

—¿Qué tal tus vacaciones?

— Maravillosas. ¿Qué tal el trabajo?

—Espantoso. ¿Y aún lo preguntas? —Hizo un gesto en dirección al tablero, más largo que un escritorio normal, que era donde poníamos el montón de la basura —. Toma tu parte, amigo, vamos retrasados.

Desde luego que lo íbamos. El montón de la basura contenía todos los manuscritos no solicitados que íbamos recibiendo. Estaba dispuesto más a menos cronológicamente, y algunos de los relatos levaban allí más de un mes. Esto iba en contra de nuestra política editorial, nuestras buenas intenciones profesionales y todo lo demás. Habitualmente, nuestros lectores trabajaban primero el montón, y se deshacían de los cuentos que deberían haber sido enviados a revistas porno o románticas en lugar de a la nuestra. Tal como estaban las cosas, Kim era la única lectora que estaba trabajando en el montón, así que me quité la chaqueta y tomé la parte del mismo.

En realidad disfruto con todos los relatos, sean nuevos o viejos, malos, indiferentes o peores. Y, de vez en cuando, justo con la frecuencia necesaria como para impedir que acabe de perder lo que me queda de cabello, encuentro una joya. Algo que es totalmente nuevo, bueno y *justo lo que necesitábamos*. Algo que presenta un concepto tan convincente, que uno se dice: «Sí, así van a ser las cosas, esto es lo que sucederá en el futuro...»

Bueno, ese día no lo encontré yo, sino que lo halló Kim. Ella es una estudiante universitaria: joven, inteligente, simpática y loca por la ciencia ficción. La mayoría de nuestros lectores están igual de locos; y tienen que estarlo, visto lo poco que podemos pagarles. En cualquier caso, Kim sabe lo bastante acerca de la ciencia ficción como para conocer la diferencia que hay entre lo bueno y lo indiferente, así que erguí la espalda cuando se acercó trayéndome un relato. (La verdad es que también le presté atención porque es simpática, joven... y está como un tren.)

—Hey, señor Sholte, creo que este cuento vale realmente la pena. Es ciencia ficción de la dura... tiene una base de Física... así que pensé que era mejor que usted le diera una ojeada.

Yo era el experto en Física del staff de *Más Allá*, al haber obtenido una licenciatura en esa ciencia en un remoto pasado. Trataba de mantenerme al día en esos temas, dentro de lo posible, para poder distinguir la diferencia existente entre lo especulativo y la pura tontería. Así que di las gracias a Kim y leí la historia.

Era buena. Y además correcta. Un excelente relato corto que describía un método muy novedoso para eliminar los desechos nucleares. Muy inteligente, y además tenía unos

personajes lo bastante interesantes como para mantener el interés por la historia mientras se estaba desarrollando la parte científica. Y no es fácil conseguir buena ciencia ficción de la dura.

—Del, ¿tenemos sitio para un cuento con una buena base científica, de veinticuatro folios, que habla sobre reactores nucleares?

No quería coger un relato sobre este tema, si Del había comprado ya media docena sobre lo mismo durante la semana que yo había estado fuera.

—Sí, ya lo creo. ¡Vaya si podríamos usar un cuento serio! Estoy harto de los que tratan del fin del mundo visto por los ojos de unos drogadictos paranoicos.

—¡Dios! ¿Y quién ha escrito eso?

Hizo un gesto hacia el montón.

—Esa gente. ¿Quién si no?

Así que aceptamos el relato sobre los reactores nucleares y le mandamos un cheque a Ansel J. Shaw. También le incluimos una carta pidiéndole que nos mandase más relatos a examen.

Nunca recibimos ningún relato más de ese autor, pero varios meses después de que apareciese el ejemplar en el que publicamos aquel cuento, recibí una llamada de Bill Ridenbaugh. Es decir, del doctor Ridenbaugh. Físico, ingeniero, músico y, de vez en cuando, escritor. En mi humilde opinión, Bill es uno de los seis hombres más inteligentes de nuestro país. También es un buen amigo mío y uno de los más duros críticos de *Más Allá*. Puede despellejar el barniz supuestamente científico de un relato, por lo demás bueno, en menos tiempo que cualquier otro científico al que yo conozca. Me llamó por teléfono para decirme que quería hablar y tomar una copa conmigo, no necesariamente en este orden. Acepté y me preparé para defender siete meses de selección de relatos publicados en la revista.

No obstante, cuando aparecí en el bar me dejó desarmado:

—¿Sabes que en octubre publicaste algo absolutamente sensacional?

—¿Que?

— Ese relato de un tal Shaw sobre las basuras nucleares... ¿lo recuerdas? ¡Era muy bueno!

Sonreí un poco, sin apartar la vista de mi copa. No es muy corriente que Bill me alabe. Y me acordaba muy bien del relato.

—De hecho —continuó—, es algo más que simplemente bueno. Es posible. Acabo de pasar cuatro meses comprobándolo. Tardaremos cuatro o cinco años en tener controlada esa técnica y en poder usarla en la práctica, pero ese cuento lo vas a ver convertirse en realidad, Alec.

Esto siempre le daba escalofríos de placer a uno, fuera el relato propio o no. No es muy corriente ver una mente humana que tiende su pensamiento hacia el futuro y dice: «Esto podría ser», y otra mente humana toma esa idea y afirma: «Esto será».

Felicité a Bill.

—Deduzco que ya no es un secreto, ¿eh?

—No —sonrió—. Nuestros hallazgos serán hechos públicos en una semana o así. Eres libre para hablar de ello.

—Pensé que al autor le agradecería saberlo.

Bill pidió otra ronda y asintió con la cabeza.

—En realidad, por eso quería ponerme en contacto contigo. Me gustaría hablar con ese Shaw. Después de todo, quizá tenga otras ideas rondándole por la mente. Y siento curiosidad por saber algo más de él: tiene que ser un ingeniero o un físico para llegar tan cerca del fondo de ese asunto. Pero, si es un científico, ¿por qué no trabajó él mismo en el tema?

—Quizá sólo fuera una idea aislada... o tal vez no esté en posición de llevar a cabo sus propias investigaciones.

Bill resopló alzando su copa.

—Si hubiera supuesto que era posible, le habría pasado la idea a alguien para que la investigase.

Yo hice una mueca.

—Bueno, ya la pasó, ¿no?

Bill no pudo evitar echarse a reír.

—Quizá. Pero *Más Allá* no es exactamente lo que yo llamaría los canales científicos habituales. De todos modos, me gustaría saber lo que él piensa de todo esto.

Así que hicimos un brindis por el desconocido señor Shaw y concertamos una cita en mi oficina, a la mañana siguiente.

Según nuestros archivos, Ansel Shaw vivía en la parte norte del estado de Nueva York. Había cobrado su cheque y no nos había mandado más relatos. Al menos no los había mandado a *Más Allá*. Quizá estuviera ocupado investigando.

Bill llamó a información de la Telefónica para pedir el número de Shaw y no sacó nada en claro.

—Debe de ser uno de esos números sin listar. Sólo son dos horas de coche, Alee. ¿Qué te parecería si te tomases el día libre?

Miré el montón de la basura que amenazaba con tragarse mi mesa, lleno de espantos desconocidos y Ansel Shaw por descubrir. Decidí que podía esperar un día más.

Esperé más de un día. Bill y yo regresamos tarde aquella noche y fuimos directos al bar.

No había ningún Ansel Shaw.

No había ninguna información sobre él en Renfield, nada en los archivos del ayuntamiento. Era una comunidad pequeña y alguien tendría que haber conocido al inteligente señor Shaw. Nadie le conocía. Había alquilado un apartado postal durante tres meses, aparentemente con la única finalidad de enviarnos su manuscrito y recibir su cheque. Luego había desaparecido.

Tres horas después, en el bar, ya teníamos unas diez teorías diferentes sobre la naturaleza y motivos de Ansel Shaw. Mi última sugerencia era que se trataba de un físico nuclear nómada que era, al mismo tiempo, antiestablishment y paranoico, por consiguiente incapaz de llevar a cabo sus propias investigaciones, y que no deseaba recibir honores por su descubrimiento.

Bill ni se molestó en resoplar al oír esta tontería.

—Alec, ¿te acuerdas de un relato publicado hace un par de años *Mundos Lejanos...* uno que era acerca de un proyecto de recombinación del ADN? Fue justo cuando el público comenzó a enterarse de este tipo de investigación.

—No memorizo todo lo que publica la competencia, pero creo recordar ese relato. ¿Por qué?

Bill estaba mirando a un rincón vacío del bar. No parecía estar muy a gusto.

—Empezaba como el típico relato de catástrofes; un proyecto de investigación, en el que se combinan genes de las plantas y los animales más simples, se escapa de las manos de los que lo llevan a cabo. Y produce un ser con una estructura proteínica parecida a la de un animal y un proceso reproductivo vegetativo. Naturalmente, esa cosa se escapa y empieza a reproducirse enloquecidamente y a dominar el medio ambiente, porque no tiene enemigos naturales. Pensé que era el argumento habitual de catástrofes, algo bastante tonto. Pero estaba bien escrito, así que lo acabé. Al final tenía un giro interesante: los científicos aprendían cómo controlar aquella cosa y resultaba ser un increíble productor de alimentos. Podía cultivarse como una cosecha agrícola y producía una proteína animal; la respuesta a todas las rogativas en contra del hambre... sobre todo en un lugar como la India. Como ya te dicho, en aquel momento pensé que era bastante estúpido. Ya no me lo

sigue pareciendo: ...y además alertó a una serie de gente, yo entre ellos, acerca de los peligros de ese tipo de investigaciones.

»Lo que me ha hecho cambiar de opinión es que ahora están trabajando en esa idea, Alec. Tengo a un amigo que está haciendo en Harvard trabajos de recombinación. Y yo fui quien le hice leer ese cuento, pues él no se había enterado. En aquel momento también le pareció una idea bastante estúpida. Ya no: pasará un tiempo, pero cree que finalmente podrá crear algo que sirva para el mismo propósito que el monstruo del relato.

Hizo una pausa y prosiguió:

-¿Entiendes? El relato le dio la idea a mi amigo.

Entendía, tragué algo que tenía en la garganta y no era la oliva del martini y pregunté:

-¿Y quién lo escribió?

-No recuerdo su nombre. No obstante, no era nuestro amigo Shaw. Era alguien de quien nunca antes había oído hablar... y de quien tampoco volví a oír hablar después.

Deseé, de pronto, que subieran la calefacción del bar. Porque sentía un frío helado.

-¿Cuántos otros casos supones que debe de haber habido?

-No lo sé -dijo Bill, mientras depositaba su copa con un audible golpe -, pero tú conoces a algunos de los directores de revistas y has leído muchos relatos, y yo sé de, al menos, parte de las investigaciones que se están llevando a cabo. Vamos a averiguarlo.

Encontramos mucha información antes de que Bill se viera tan liado en el desarrollo de su sistema de eliminación de los residuos radioactivos de los reactores nucleares, que tuvo que abandonar su parte de nuestra investigación. Lo que era mucho, o nada, según se mirase.

Yo hallaba relatos verosímiles y Bill separaba los que le parecían sospechosos. A base de acosar a mis congéneres los directores de revistas de ciencia ficción, averigüé que todos los relatos habían salido de sus montones de basura. Siempre eran primeros relatos de autores desconocidos. Primeros y últimos.

Ninguno de los autores a los que traté de seguir la pista existía.

Los relatos en sí eran muy variados en carácter y estilo. Parecía poco probable que una sola persona los hubiera escrito todos. Por otra parte, tenían bastantes cosas en común: todos eran lo bastante buenos como para ser publicados, todos eran de ciencia ficción dura, o sea con base científica, y todos ellos manejaban una tecnología casi contemporánea. Y, por último, todos estaban dedicados a resolver nuestros problemas más acuciantes.

Eran todos buenos relatos, del tipo de esos que se te quedan en un rincón de la mente, allí donde uno no deja de tropezarse con ellos una y otra vez. Y, en cada ocasión, uno se dice: «Es una buena idea, es correcta. Es como tendría que ser. De hecho, ¿por qué no son las cosas así?»

Y, si uno era científico, se dedicaba a estudiar si lo eran o no.

Alguien de ahí fuera nos está ayudando.

Pero, ¿quién y por qué? Del y Bill y yo hemos estado especulando hasta que... bueno, habitualmente hasta que hemos estado talmente borrachos, y lo cierto es que aún no nos hemos puesto de acuerdo en una teoría. Alguien nos está pasando unas ideas sacionalmente buenas. Del sugirió, al principio, que podría tratarse de una potencia extranjera con interés político en ver cómo la tecnología estadounidense se lanzaba hacia adelante. Pero, si esa potencia tiene tales conocimientos, ¿para qué molestarse en pasárnoslos? Y Bill señaló que la ciencia ficción es muy popular en Rusia... y en muchos otros lugares. Probablemente uno podría ganarse un buen dinero allí con una maleta llena de ejemplares viejos de nuestras revistas. En cualquier caso, la ciencia ficción parece ser una lectura bastante universal entre la gente con el entrenamiento y tecnología necesarios para utilizar las ideas que llegan a través de ella.

Y, por otra parte, ¿dónde están las armas? Todavía no he visto salir del montón de la basura algo con aplicaciones militares. Hay sistemas anticontaminación, sistemas de energía alternativa y algunas astutas variantes a los vigentes sistemas sociales que podrían mejorar la distribución mundial del agua, los alimentos y las riquezas.

Creo que alguien nos está salvando la vida.

Bill, que es un optimista, cree que algunos seres adelantados de Allá Arriba lo están haciendo, por pura bondad natural. O para la preservación de la vida inteligente, el progreso de la Civilización Galáctica y todo eso.

Bueno, quizá. Por otra parte, aunque he leído muchos relatos sobre ese tema, tengo la impresión de que nadie emplea mucho esfuerzo en algo sin esperar obtener alguna cosa a cambio; aunque sólo sea el agradecimiento.

Y esta operación es demasiado grande como para que sólo vayan buscando nuestro agradecimiento.

Bill dice que soy un pesimista militarista, pero yo me pregunto si no será que alguien de ahí fuera, el vecino de la puerta de al lado por así decirlo, no se está preparando para enfrentarse a ciertos problemas. Por el momento, cualquier teoría es buena, pero en el instante en que comencemos a recibir historias sobre armas, voy a empezar a observar los cielos y a preocuparme.

Mientras tanto, lo único que podemos hacer es esperar y preguntarnos si estaremos locos o no. Al menos, por una vez, yo estoy en una posición inmejorable para descubrir lo que va a suceder: sé perfectamente dónde van a encontrarse las respuestas.

Y me presento en la oficina a las seis de cada mañana, y Del no llega mucho más tarde.

Ningún lector mal pagado va a empezar a seleccionar lo que hay en el montón de la basura antes de que yo le haya dado una ojeada.

**FIN**

Tomado de: Isacc Asimov N° 5  
Forum  
Título original en inglés: Slush  
Traducción de Luis Vigil